

Las mejores fábulas de Esopo



ADAPTACIÓN E ILUSTRACIONES
HELEN WARD

LENTA, PERO SEGURA

(SOBRE UNA LIEBRE QUE TENÍA DEMASIADA SEGURIDAD EN SÍ MISMA)

Había una vez una liebre que era muy veloz, y una tortuga que era muy lenta. No había nada en el mundo que le gustara más a la liebre que impresionar a las gentes del pueblo con su rapidez.

- Soy la más veloz de todas - solía decir de una forma muy irritante.

La gente, en cambio, comentaba lo pequeño que debería ser el cerebro de la liebre, todos se preguntaban dónde lo dejaría cuando iba como un rayo en sus carreras, y cuánto tiempo tardaría un cocodrilo en comérsela si cayera al río accidentalmente y también si habría algún voluntario dispuesto a poner en peligro su vida para salvarla. Todo el mundo admitía sentir un gran y profundo respeto por los dientes del cocodrilo, pero nadie se ponía de parte de la liebre.

Pero a la que más hacía sufrir la liebre era a la tortuga; aprovechaba la mínima oportunidad para humillarla, pero la tortuga era demasiado amable y también demasiado lenta como para tomar represalias contra la liebre.

Antes de que tuviera la oportunidad de abrir la boca para contestarle, la liebre ya había pasado por su lado velozmente. Así, la tortuga decidió retar a la liebre a una carrera entre las dos. La gente del pueblo no entendía cómo una tortuga tan lista había desafiado a la liebre de tal forma. La liebre, por su parte, sólo pensaba en lo fácil que iba a ser ganar a la tortuga. Pero la tortuga sabía muy bien lo que hacía, pues la liebre era muy previsible...

Llegó el día del reto; nada más comenzar la carrera la liebre desapareció como un rayo, sacándole una gran distancia a su rival. La tortuga iba poco a poco, a su ritmo. Incluso cuando la liebre volvía hacia atrás hasta donde se encontraba la tortuga y

comenzaba a dar vueltas a su alrededor, en un gesto de burla, la tortuga no cambiaba su constante y paciente ritmo.

Para demostrar a todos su superioridad, la liebre decidió echar una pequeña cabezadita, pero se quedó total y profundamente dormida. Mientras tanto, la tortuga seguía andando a su paso lento, y pasó por delante de la liebre, que seguía dormida, y a la que nadie despertó. La tortuga ya estaba casi llegando a la línea de meta cuando, de pronto la liebre se despertó un tanto despistada, intentando poner en orden las ideas que rondaban por su cabeza. Entre otras cosas, recordaba que tenía que ganar algo... ¿UNA CARRERA?

PERO YA ERA DEMASIADO TARDE...

..Cuando la liebre se apresuró y comenzó a correr a toda velocidad para llegar a la meta,

LA TORTUGA CRUZÓ LA LÍNEA Y GANÓ.

La liebre fue humillada por todos. Durante largos y largos años, la gente del pueblo, para burlarse de la liebre, cada vez que ésta estaba lo suficientemente cerca como para escucharlo, imitaba ronquidos y gritaba << ¡Que viene la tortuga! >>. Nada de esto hizo que la liebre redujera su ritmo, aunque al menos sí se consiguió que fuera menos irritante; eso sí, siempre quedaba la posibilidad de que en un futuro acabara comprobando o duro que puede ser el tronco de un árbol, lo firme que puede ser el suelo tras una buena caída o, incluso, lo afilados que pueden llegar a ser los dientes de un cocodrilo...

LENTA, PERO SEGURA,
LA CARRERA GANA LA TORTUGA.

TRAS EL REFLEJO

QUE CUENTA LA HISTORIA DEL QUE QUISO TENERLO TODO Y, POR
AVARICIOSO, SE QUEDÓ SIN NADA

Había una vez un perro que siempre quería quedarse con lo mejor.

Nada tenía que ver con un perro dócil y tranquilo; era un perro que sólo velaba por su propio interés, y al que nada importaba más que él mismo.

Creía que todo le pertenecía, cualquier plato o cuenco que hubiera sobre la mesa, todo lo que pudiera haber en la cocina, o incluso en la carnicería. Un día osó robar un succulento hueso del mostrador de la carnicería, de donde salió huyendo velozmente calle arriba. Aquel hueso era tan grande que casi no podía correr, pero aun así lo hizo, dejando al carnicero totalmente enfurecido ante tal descaro.

El perro marchó orgulloso de vuelta a casa, luciendo su preciado tesoro entre los dientes, de forma que nadie pudiera quedar impasible ante tal manjar. Con un grácil caminar y su cola al viento, no había nada que le causara mayor satisfacción que pensar que era el dueño del mejor hueso del mundo, tal y como debía ser, pues todo lo mejor debía ser suyo.

Se dirigía a casa en busca de un rincón tranquilo en el que pudiera disfrutar de su tesoro, o bien enterrarlo para poder saborearlo más tarde.

Eligió un sendero que le llevó hasta un puente que atravesaba un río de aguas tranquilas.

En cuanto puso la pata en el primer tablón, algo le llamó la atención: entre los nenúfares podía percibir la mirada fija de otro perro que parecía muy orgulloso de sí mismo. Pero ahí no acababa todo, pues este perro también tenía un hueso, y parecía mucho mayor y más jugoso que el suyo.

Como era una criatura tan avariciosa, celosa y ladronzuela, el perro que estaba sobre el puente no dudó ni un segundo en soltar su hueso y lanzarse en busca del nuevo y gran trofeo.

¡CHOF! Tan pronto como su hocico tocó el agua, el otro perro desapareció de inmediato y sus mandíbulas se cerraron ferozmente sin atrapar nada más que agua.

Su reflejo, porque eso era lo único que había visto, de repente se desvaneció en pequeños círculos de agua, que se iban dispersando hasta que volvió la calma a las aguas del río.

Cuando el perro avaricioso miró de nuevo hacia abajo, se dio cuenta de que había sido su propio rostro el que le había engañado, y lo que era peor, aquel hueso que había robado de la carnicería y con el que tanto había soñado, aquella promesa de placer eterno, se le había escapado de la boca y había desaparecido. Por un momento lo había cambiado por algo que creía más majestuoso pero que, en realidad, era tan efímero como un sueño. Ahora se había perdido, lo había dejado caer al río, y sólo quedaba en su memoria como un reflejo.

Lo único que le rondaba ahora al perro por su cabeza era la estupidez que había cometido, y se marchó a casa con el rabo entre las piernas y el estómago vacío.

AGRADECE LO QUE TIENES,
NO LO QUE PODRÍAS TENER.

EL TAMAÑO NO LO ES TODO

QUE CUENTA LA HISTORIA DE UN PEQUEÑO RATÓN QUE, INESPERADAMENTE, DEVOLVIÓ UN FAVOR

Había una vez un león que descansaba plácidamente bajo la sombra de un gran árbol cuando, de repente, un pequeño ratón, confundiendo con una roca, trepó por sus hombros. El león se despertó y se sacudió; pero con tal intensidad que al ratón le pareció un terremoto. Cayó al suelo, y el león lo agarró por la cola, pisándolo con su zarpa poderosa.

El ratón estaba aterrorizado. El león dirigió su mirada hacia aquel diminuto ser que sabía perfectamente que le quedaba poco tiempo para ser devorado, y olisqueó aquel bocadito que chillaba. El pequeño ratón temblaba y, tartamudeando de miedo, pidió clemencia.

El león, distraído, bostezó, mostrando al ratón su inmensa boca repleta de afilados dientes, su áspera y gran lengua rosada y la oscuridad amenazadora de la garganta. Entonces resolló, y de su aliento se desprendía la amenaza de la muerte.

El ratón suplicó de nuevo al león:

- Por favor, suéltame y te prometo que algún día te devolveré el favor.

- ¿Qué me prometes qué, pequeñín? –preguntó el león, riéndose de la impertinencia del ratón. Éste asintió con su cabeza como pudo y el león abrió sus poderosas garras y lo dejó libre. Cada uno se fue por un camino diferente. El león no volvió a pensar en el ratón, pero el ratón en adelante fue más precavido a la hora de poner su pata en cualquier sitio.

Un día, un rugido de lamento del león atravesó todo el bosque. El ratón, que estaba durmiendo plácidamente en su madriguera, se despertó al escuchar tal estruendo. Aquel rugido era, sin duda, una

llamada de auxilio, y el ratón, recordando la promesa que le había hecho al león, salió de su madriguera y corrió sin pensarlo dos veces hacia el lugar de donde provenían los lamentos del fiero león. Éste, tan enorme y feroz, ahora estaba colgado de una rama. Había caído en las redes de un cazador, y había quedado atrapado de tal forma que no se podía deshacer de aquel enredo para moverse. El ratón trepó rápidamente por el tronco del árbol hasta llegar a las gruesas cuerdas, que comenzó a roer con sus pequeños pero bien afilados dientecillos. Entonces intentó masticar la malla, tirar de ella, deshilarla, mordisquearla y roerla hasta que la red comenzó a aflojarse. El león poco a poco fue saliendo de la red hasta que finalmente cayó al suelo como si fuera un pequeño y torpe cachorro recién nacido.

El león agradeció humildemente y de corazón al ratón su gesto. Le prometió, además, que nunca volvería a infravalorar las pequeñas cosas. El ratón, por su parte, intentó parecer una criatura heroica y muy valiente, y no un simple y sabroso bocado, que era lo que estaba acostumbrado a parecer. Así, con un gran alivio, por qué no decirlo, cierto orgullo, vio cómo el león desaparecía poco a poco entre las sombras del bosque.

**DICE LA SABIA MADRE NATURALEZA
QUE LOS PEQUEÑOS Y LOS GRANDES SE NECESITAN**